

Luis Piedrahita (A Coruña, 1977), guionista, escritor y humorista, empezó escribiendo teatro, donde, en colaboración, estrenó las obras *5hombres.com*, *5mujeres.com*, *La vida según San Francisco* y *Entre fuerte y flojo*. En televisión ha sido guionista de *El club de la comedia* y del programa de *Cruz y Raya*. También ha colaborado en *El hormiguero* y, en las dos últimas temporadas del programa de magia *Nada x aquí*, trabajó como director y guionista. Asimismo, continúa participando en el programa de radio *No somos nadie*. Hasta la fecha, ha publicado los libros *Un cacahuete flotando en una piscina... ¿sigue siendo un fruto seco?* (2005) y *¿Cada cuánto hay que echar a lavar un pijama?* (2006).



**¿Cada cuánto hay que
echar a lavar un pijama?**

LUIS PIEDRAHITA



Título: ¿Cada cuánto hay que echar a lavar un pijama?

© 2006, Luis Piedrahita

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

Juan Bravo, 38. 28006 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2207-2

Impreso en China – Printed in China

Diseño de portada: Ximena Feijoo y El Orfanato

Fotografía de portada: © Nines Mínguez

Diseño de cubierta: Ordax



DuraBook™ es una marca registrada de Melcher Media, Inc.,
nº de patente 6,773,034 124 West 13th Street, New York, NY 10011, www.melcher.com

El formato DuraBook™ utiliza una tecnología revolucionaria
que lo hace completamente impermeable y de larga duración.

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por, un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,
electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito
de la editorial.

Índice

<i>El barro de Adán, prólogo de Juan José Millás</i>	11
Cosas del váter	13
Los portarrollos	15
Los topecillos blancos que viven debajo de la tapa del váter	19
Las básculas	22
Las cortinas de la ducha	25
Utensilios y cosas del hogar	29
Las camas	31
Los termómetros	34
Los marcos	37
Las llaves	40
Los lápices	43
Los pegamentos	46
Cosas textiles y de ropajes	51
Los calcetines	53
Los bañadores	56
Los bolsillos	59
Los botones y las cremalleras	62
Los maniqués	65

Las mochilas	68
Los pijamas	71
Cosas de alimentación y cocina	75
El pan	77
Las servilletas	80
Las cucharas	84
Los platos	88
Los vasos de Nocilla	91
Los detergentes y otros productos de limpieza	94
Grandes inventos	99
La rueda	101
Las antenas	104
Las lucecitas	107
Las cajas fuertes	110
Los buzones	113
El suelo	117
Cosas del ocio	121
Los artículos de broma	123
Los deportes que no son deportes	127
Las maletas	130
Las cositas de los hoteles	132
Las máquinas expendedoras	137
Las mascotas institucionales	140
Cosas de la naturaleza	145
Los eclipses	147
Las medusas	150
Las piedras	153
Las gotas	156

Las huellas	159
Los codos	162
Los picores	165
Cosas del paso del tiempo	169
El cabello en la tercera edad	171
La puntualidad	174
Las fechas de caducidad	178
Las cosas que van para largo	181
Los momentos idiotas	184
Cosas de la decoración navideña	188
Cosas de las cosas	191
Cosas que se rompen	193
Cosas que nos fascinan de pequeños	196
Cosas que a todos nos parecen cotidianas, pero que realmente no ocurren jamás	200
Objetos destinados a ser vendidos cerca de las cajas de los supermercados	202
Cosas contagiosas	205
Cosas de la ciudad	208
Cosas de las carreteras	212

El barro de Adán

Un día comí con Luis Piedrahita. Al segundo plato comenzó a ejecutar juegos de manos. Mientras hacía aparecer y desaparecer los cubiertos, el pan o la jarra del agua, me contaba historias. Manejaba la lengua con el mismo placer que los dedos, de modo que no sabías si te hacía el juego de manos para contarte una historia o si te contaba una historia para hacerte un juego de manos. Las historias estaban siempre tan bien construidas como los juegos, por lo que resultaba imposible verles el truco. Esta vez, te decías, me voy a fijar, pero cuando terminaban el juego y el relato tú seguías tan perplejo como al principio. Tenías que reprimir la tentación de preguntarle cómo había logrado que desapareciera la jarra; cómo había conseguido que creyeras lo que te acababa de contar.

La magia y el cuento tienen algo en común: hay que evitar que se les vea el forro. No sé si Piedrahita ha hecho algún monólogo sobre el forro. Quizá no, porque jamás lo muestra. Coges una cualquiera de las piezas de este libro, la miras por arriba, por abajo, por fuera, por dentro, la abres como si fuera un juguete y no le ves la maquinaria, el truco. Eso es lo que hace a Piedrahita excepcional, eso y su concepción artesanal del relato. Trabaja sobre él como un electricista sobre un circuito o un carpintero sobre un

mueble. Y la pregunta que se hace cuando le pone el punto final es si funciona o no funciona. Si funciona, que es lo único que le pedimos a un monólogo (y a un juguete), todo lo demás se da por añadidura.

Para que un texto de la extensión de un monólogo funcione ha de tener una arquitectura en la que cada pieza ocupe su lugar. Si se fijan, comprobarán que todos estos monólogos poseen cabeza, cuerpo y extremidades. Pero la arquitectura, con ser importante, no basta. Además de las grandes líneas estratégicas, hace falta prestar atención al remate, a los detalles. Los textos de este volumen están llenos de detalles, con frecuencia geniales, como cuando Adán, extrañado ante su propia caca, le dice a Eva que se le está saliendo el barro de dentro. Leer los monólogos de Luis Piedrahita, en vez de escuchárselos, es como si su autor nos los estuviera diciendo al oído. Buen provecho.

JUAN JOSÉ MILLÁS

Cosas del váter

Los portarrollos

Soportan estoicamente rollos interminables

Los portarrollos de papel higiénico son unos pequeños seres absolutamente imprescindibles para la permanencia de la raza humana en la Tierra. Si mañana desaparecieran todos los portarrollos de las casas, nos extinguiríamos al momento. Algo tan terrible parece difícil de creer, de entender y de asimilar.

Para poder entender este concepto hay que conocer la historia del portarrollos desde sus orígenes. Como todo el mundo sabe, el primer portarrollos fue el tallo de un helecho. No fue fácil llegar a esa idea. Imaginaos a los pobres Adán y Eva la primera vez que van al cuarto de baño, sin saber nada, y al terminar se encuentran con el pastel...

—Eva, ¿me dejas tu hoja de parra?

—¿Para qué la quieres?

—No, es que... creo que se me está saliendo el barro de dentro.

—No, no, no, la hoja de parra no. Toma estas ortigas.

—Vale... ¡Ay! Dame otra cosa.

—Toma este cactus.

—Vale... ¡Ay! ¿Qué más hay?

—Tengo un erizo. ¿Te lo paso?

Los comienzos siempre son duros. Hasta que, por fin, encontraron el helecho. Y fue tan grande el alivio que Adán y Eva, por fin, se pudieron sentar a disfrutar del Paraíso.

Inmediatamente después de Adán y Eva llegaron los años sesenta. Muchos notarán que entre Adán y Eva y los años sesenta hay un salto un poco grande. Cierto. Pero es que todos los textos y documentos sobre portarrollos comprendidos entre esos años se han perdido. De esa época no hay ni un solo dato sobre los portarrollos. Es lo que los estudiosos de los portarrollos hemos acordado llamar «época de la que no hay ni un solo dato de los portarrollos».

Vinieron los años sesenta. En aquella época los portarrollos eran empotrados, como los armarios. Eran huequillos horadados en la pared. Eran una cosa en la que tenían que pensar los arquitectos: «Un momento, un momento..., ahí no puede ir un portarrollos, que eso es un muro de carga».

Luego llegó el esplendor de los setenta. Era una época de portarrollos de acero que tenían una tapa con dientes afilados como encías de galápagos. Ibas a coger el papel y tenías miedo de que te mordiera el portarrollos. Era como meter la mano dentro de la boca de un cocodrilo con ortodoncia. Todavía quedan algunos de esos primitivos portarrollos. Te sientas, ves el papel asomando, los diente-cillos de metal, y parece el ticket de una máquina registradora. Piensas que tal vez cuando termines va a salir la cuenta. No sería tan mala idea, podría haber suministro municipal de papel higiénico, como el agua y la luz. Tú usas y te llega la cuenta al mes. «Este mes ha ido usted poco al váter. Tantos euros.» «Este mes ha tenido

usted diarrea.» ¡Zaca! Una factura que te cagas. Y si un mes no puedes pagar, te cortan el rollo.

Luego vinieron los años ochenta, una época de aparente cambio. Llegaba pisando fuerte el Yop y el Dan-Up, productos punteros de Yoplait y Danone. Chamburcy perdió ese tren. Aparentemente, productos novedosos que no eran más que el yogur de siempre, pero batido. Lo mismo pasó en aquella década con los portarrollos: se vivió de los inventos anteriores pero con una ligera variación. La gran aportación de los años ochenta al portarrollos fue el cilindro de plástico blanco con muelle, esa especie de amortiguador de coche en pequeño. Los viejos armazones metálicos de los setenta llevaban este cilindro dentro. Con él los portarrollos empotrados de los sesenta eran mucho más prácticos.

Esa euforia derivó en una época en la que aparecieron nuevos productos: los años noventa. Una época que los estudiosos de los portarrollos hemos acordado llamar: «época en la que aparecieron nuevos productos». Por ejemplo, el portarrollos industrial, el de aeropuerto, ese portarrollos gigante con cenicero. Ahora, con la ley anti-tabaco, eso no vale. ¿Qué van a hacer con esos ceniceros? ¿Jaboneras?

Esos portarrollos gigantes parecen mangueras de incendios. Eso me parece un peligro. Imaginaos que un día hay un incendio y, con las prisas, te equivocas e intentas apagarlo con papel higiénico. Aunque, si lo pensáis bien, es casi peor si un día, con las prisas, te equivocas y te limpias con una manguera de incendios... Y si lo piensas bien requetebién, lo realmente peligroso es no equivocarse e intentar apagar un incendio usando la manguera con la que se ha limpiado otro tío antes.

Hasta hoy esto es todo lo que se sabe de los portarrollos. Pero quedan dudas: ¿a qué lado pone el portarrollos una familia en la que hay un 50 por ciento de zurdos? ¿Qué fue antes, el rollo o el portarrollos? ¿Cómo son los portarrollos de los taxidermistas? ¿Un tigre en el váter con la boca abierta? ¿Por qué las mujeres están tan obsesionadas con que pongamos un rollo nuevo en el portarrollos cuando se acaba el que está?

Cuando un hombre vive solo, el portarrollos no es más que una anécdota. En el portarrollos tienes el cartón del rollo que pusiste el primer día y a partir de ahí aflora una colonia de rollos a medias por encima de la cisterna, en el bidé, en una pequeña repisa... Son como setas. Pero, cuando entra una mujer, se empeña en proteger el rollo con una tapita. ¿Por qué? Porque saben que si no se protege el rollo nosotros lo acabamos meando. Y tienen razón, pero no es culpa nuestra. ¿Qué culpa tenemos de que haya días en los que te levantas, vas a hacer el primer pis de la mañana y te sale el temido pis bífido? Dos chorros y un solo váter: eso es imposible de controlar. Orinas en estéreo. Dices: «Me ha salido un nuevo agujero durante la noche. Me habrá picado un bicho...». Claro, hay que ser rápido y reconducir... El chorro de más caudal lo diriges al váter mismo, pero el otro es como el ojo del Dioni, apunta para donde quiere, y muchas veces salpica al rollo de papel higiénico que está encima de la repisa. Por eso está la tapita del portarrollos, y por eso la obsesión de las mujeres por poner el rollo a salvo, para que no los inutilicemos. Y tienen razón. Y si no existieran los portarrollos, los hombres y las mujeres no podrían vivir juntos, no se reproducirían y se extinguiría la vida en la Tierra.

Los topecillos blancos que viven debajo de la tapa del váter

Menos es nada

Desde sus orígenes hombres y mujeres han tenido discusiones encarnizadas acerca del tema «levantar y bajar la tapa del váter». Ese tema ha hecho que monologistas de los cinco continentes punto com llenaran páginas y páginas de risas sin fin. Pero... ¿qué hay debajo de todo esto? ¿Qué hay debajo de la tapa del váter? Pues unos topecillos de plástico blancos con forma de supositorio espachurrado a los que no se trata con el respeto que se merecen.

Para empezar, no tienen nombre. ¿Cómo se llaman esos topecillos? Los inventamos, los metemos en un váter y, ¡hala!, ni les ponemos nombre, ni nada. Es una ignominia.

Tal vez sea mejor así. Si tuvieran nombre y hubiera que hablar con ellos, se nos caería la cara de vergüenza. Y si se te cae la cara de vergüenza al váter, ¿cómo la recoges? ¿Con la escobilla? Imaginaos coger una cara del váter y volvérsela a poner... Puaj, que se queda la cara como mojada, brillante, como... Creo que eso sólo lo ha hecho la duquesa de Alba.

Pero volviendo al tema... ¿Quién habrá inventado esos topecillos? Imagino que es una de las últimas cosas que se le añadieron al váter. Alguien dijo:

—Sí, el váter está bien... pero ¿sabéis lo que le falta para que esté perfecto? Esto.

—Ajá..., ¿y cómo se llama?

—No tengo ni idea.

Nadie piensa en ellos. Viven ahí a oscuras. La gente se cree que el cuarto de baño es un sitio iluminado, pero de eso nada. Es oscuro. Tiene luz cuando entramos porque encendemos; pero, cuando salimos, apagamos y ahí se quedan los topecillos como los murciélagos.

Por eso no tienen ojos. Por eso y porque, si tuvieran ojos y vieran la mierda de vida que llevan, se tirarían por el váter. ¡Vaya vida! Todo el día contra el frío mármol del váter... Eso debe de ser horrible.

¿Alguna vez os habéis sentado en el váter sin daros cuenta de que la tapa estaba levantada? ¡Que te cueles! ¡Notas el frío mármol en las nalgas! Es horrible, ¿verdad? Pues ése es el día a día de los topecillos. Por eso tienen esa pinta de croquetillas congeladas. Por el frío y por los golpes, porque cada vez que cae la tapa... ¡Placa! Que a nosotros nos da un susto... pero a ellos les da susto y golpazo.

¿No se podría hacer nada para que la caída de la tapa del váter no sea tan violenta? Se podrían almohadillar los topecillos, o ponerles un muelle. Ahora que todo el mundo personaliza los móviles podríamos personalizar los topecillos. Sería como hacerle tuning al váter. Imaginaos: abres la tapa del váter y se oye: «¿Qué pasaaa, neng?». La verdad es que entre tunear un váter y tunear los coches que tunean los tuneros tampoco hay mucha diferencia.

Los topecillos dan mucha pena. Cuando quiero ver los topecillos, levanto la tapa y están ahí, como los dientes

de Alexis Valdés, muy separados. Imagino que al bajar la tapa se juntan y charlan de sus cosas, de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus sueños...

Lo peor de los topecillos es el final. El final es muy duro. Amarillean. A veces uno se descuelga y queda colgandero, dando vueltas cual ruleta de la fortuna. Luego se despega del todo y nos deja para siempre... Pero en la tapa queda su silueta, como si lo hubieran asesinado y alguien hubiera repasado el contorno de su cadáver.

El otro día me dieron tanta pena que los liberé. Los arranqué de la tapa y les dije: «Sois libres..., os concedo un deseo». ¿Y sabéis lo que me respondieron los topecillos? «Queremos ver el mar.» Reservé los billetes de avión y nos fuimos a ver el mar. Y en el aeropuerto me decían: «Yo quiero ventana, yo quiero ventana...». Joder con los topecillos, toda la vida mirando un váter y ahora se ponen exquisitos...

Cada uno iba en su asiento. Qué curioso: era la primera vez que los topecillos iban encima de un asiento y no al revés. Total, que aterrizamos y los llevé a ver el mar. ¿Sabéis lo que dijeron? «Pues no es para tanto.» Ya. Es que sin ojos ver el mar no es lo mismo.

Las básculas

*Ellas saben cuán pesados podemos llegar a ser
con el tema de adelgazar*

La báscula cuartobañera es como un despertador al que le ha pasado una apisonadora por encima.

Ser báscula de éstas es una faena porque sólo se te sube encima gente gorda. Imaginaos qué manera de empezar el día. Te despiertas y lo primero que te ocurre es que un gordo en pijama se te sube encima. Y te mira mal, como diciendo: «Báscula, por tu culpa soy gordo».

Eso no es justo. ¿Qué han hecho las básculas para merecerse eso? Tienen que vivir tumbadas en el suelo del cuarto de baño, con lo frío que está y lo malísimo que es eso para el reuma.

Aun así, las básculas nos tratan bien. Por ejemplo, cuando uno se sube a una báscula cuartobañera, va nervioso. Es como presentarse a un examen. De hecho, siempre intentamos subirnos pesando poco. Pisamos suavemente, como para engañar a la báscula. Y la báscula lo nota, por eso las básculas se lo piensan antes de darnos el dato. Vacilan.

Te subes y la báscula hace: «Tiqui, tiqui, tiqui... ¡98!». Y te asustas: «¡Aaaaah!». Y la báscula retrocede: «Que no... ¡62!». «¡Bufffff, menos mal!» Y vuelve a oscilar: «¡90!». Y gritas: «¡Mierda!». Y rebota otra vez: «68».

«Bueno, no está mal.» Y al final acabas llegando a un acuerdo con la báscula: «70, ni para ti ni para mí...».

¿En qué momento entra una báscula en casa? ¿Te la regalan? Qué mal rollo, ¿no? Regalar una báscula es como regalar un desodorante, puede parecer una indirecta. ¿O es que de repente uno dice: «¡Pues hoy me voy a comprar una báscula!»? Eso sólo puede pasar un lunes. Todo el mundo empieza el régimen un lunes... El lunes hay un trasiego en las tiendas de básculas...

—Hola, quiero una báscula.

—¿Cuál quiere?

—Quiero una báscula para mí que pueda pesar entre 40 y 200 kilos... Vamos, no creo que vaya a engordar tanto, pero mejor asegurar.

Una vez vi una que pesaba hasta 220. Era como el cuentakilómetros de un coche. Un tío que pese 220 kilos... ¿para qué quiere la báscula? Con esa tripa no puede ver los números.

Lo de ver los números es otro tema. Si me peso sin las gafas, no veo los números, pero, si me las pongo, peso dos o tres kilos más. Lo único que puedo hacer es pesarme con las gafas, ver el dato, quitármelas, ponerlas en la báscula, acercarme mucho a la pantallita y hacer la resta.

La mayoría de la gente no tiene báscula en casa. Entonces, ¿por qué esa gente, cuando va a casa de alguien que sí la tiene, siente la necesidad de subirse a ella? Si tanto te gusta, cómprate una.

Adquírela y podrás disfrutar del placer de conocer las masas y los pesos de lo que quieras. De hecho, todos hacemos experimentos de pesar en la báscula cosas que no son personas. Hay un experimento fantástico que todo el mundo hace, pero que nadie lo quiere reconocer. Sucede

cuando tienes ganas de ir a váter... que están las heces llamando a la puerta del esfínter... y te paras. Antes de hacer la deposición, pasas por la báscula y te pesas. Vas al váter. Haces lo que tienes que hacer. Luego, más relajado, te vuelves a pesar, haces la resta y sabes exactamente cuánto pesaba el zurullo.

Lo recomiendo. El saber no ocupa lugar y la otra manera de saber cuánto pesa un zurullo es demasiado humillante para las pobres básculas que nos aguantan y nos soportan. Y solamente ellas saben cuán pesados podemos llegar a ser los seres humanos.

Las cortinas de la ducha

Otra más de tantas luchas

Últimamente unos pequeños seres se están viendo desplazados: las cortinas de ducha. Corren malos tiempos para la cortina de la ducha.

Todavía recuerdo con nostalgia los años setenta y ochenta en los que parecía que nada podría acabar con ellas. Pero llegaron los años noventa, caracterizados por que las cosas cambiaban de nombre, pero todo seguía igual. La chocolatina llamada Rider pasaba a llamarse Twix y el detergente antes conocido como Mister Proper pasaba a llamarse Don Limpio. Cambiaban los nombres, pero, en el fondo, todo era lo mismo.

Hasta que un día los españoles nos despertamos y nos encontramos con que algo había cambiado de verdad. Había que elegir: ¿cortina de ducha o mampara? El primer impulso fue decir «mampara». Es normal.

Recuerdo la primera vez que vi una mampara en mi vida. Me dije: «Fantástico, ahora puedo llenar la bañera de agua caliente hasta el techo». Pero es imposible, cuando vas por la mitad deja de salir caliente.

Además, la mampara tiene otros problemas. Esa puerta corredera, que es como la puerta de un ascensor, puede descarrilar. Te quedas atrapado ahí dentro y tienes

que llamar a un ascensorista para que te saque de la bañera. Llega el ascensorista con su mono azul y tú en pelotas. Es como volver a los orígenes del ser humano: tú, de Adán, y él, de mono.

La cortina de ducha también tiene sus problemas. Por ejemplo, a la hora de poner una cortina en una bañera, ¿la cortina va por dentro o va por fuera? Esta duda ha tenido en jaque a científicos y poetas desde la cuna hasta la tumba. Cuando la compras, en la foto viene por fuera. Pero eso no funciona: lo mojas todo. Para que funcione la tienes que meter por dentro. Es como cuando te remetes la parte de arriba del pijama por dentro del pantalón. No es digno, ya lo sé, pero es lo que más abriga.

De todos modos, aunque metas la cortina por dentro, no llega. Hay que andar apuntalando con los botes de gel, construyendo barricadas. La cortina debería venir con los botes de gel de serie; si no, no se puede usar. Esto es para cuando te quieres duchar, pero cuando te bañas la cortina tiene que ir por fuera; si no, empieza a flotar como un nenúfar.

La cortina de ducha tiene más defectos. Por ejemplo, los diseños, que sería mejor no ponerlos. Motivos marinos, con peces, o caballitos de mar, o ballenitas... Pero luego, con el paso del tiempo, en la franja de abajo de la cortina se añade una nueva especie de hongos, como si fuera el fondo marino, la llanura abisal. Creo que esos hongos son el plancton para que coman los peces.

Esos hongos crecen y tú los vas dejando. He visto esporas del tamaño de un oso panda. La barra de la cortina acabó arqueándose, las arandelas de la cortina soltándose... Lo de las arandelas de la cortina de ducha es tema aparte. Ésos sí que son seres infravalorados. Se suelta una

y dices: «No pasa nada». Se sueltan dos: «Bah, aún aguanta». Tres: «Malo será». Cuatro: «Sólo quedan dos, pero como está una a cada lado... da el pego».

El día que los hongos se han comido la cortina y las arandelas te tienes que duchar sin cortina, y eso es horrible. Ducharse sin cortina de ducha es como ducharse desnudo. Sin embargo, a pesar de su importancia, las cortinas de ducha nunca han querido acaparar titulares. De hecho, las únicas cortinas de ducha famosas son la de *Psicosis* y la de *Karate Kid*, donde el chico iba disfrazado de ducha. Nada más.

Corren tiempos difíciles para las cortinas de ducha. Os aconsejo que, si podéis, apadrinéis una.

Utensilios y cosas del hogar

Las camas

Donde la horizontalidad campa a sus anchas

Unos de los seres más importantes para entender nuestro paso efímero por la vida son las camas.

¿Qué es una cama?, se pregunta la gente que no sabe lo que es una cama. Para el ojo inexperto una cama no es más que ese animal cuadrúpedo cubierto con una colcha que hay en los dormitorios y que sirve para darse un golpe en el dedo meñique cuando estamos descalzos. Pero una cama no sirve sólo para eso, la cama tiene un fin mucho más noble: guardar las pelusas de polvo.

¿Y qué son las pelusas?, se pregunta la gente que no sabe qué son las pelusas. Las pelusas son la vida que pasa. Cuando dormimos, las camas absorben nuestro cansancio y lo expulsan por abajo, convertido en pelusas. Por eso debajo de las cunas hay tan pocas pelusas, porque los bebés no descansan en las cunas. Gritan, lloran, dan patadas..., pero el cansancio no lo sueltan, se lo quedan ellos. Y luego se duermen por ahí, encima de cualquier cosa. Por ejemplo, encima de una abuela... Si os fijáis, las abuelas tienen el cutis lleno de pelusilla, porque se les duermen los nietos encima.

No es lo normal, pero se han dado casos de bebés que se han quedado dormidos varios días sobre una abuela,

y han dado lugar al llamado «efecto algodón de azúcar», que es cuando la pelusilla de la abuela se funde con el cardado y la abuela entera parece un capullito de seda del que acaba saliendo una mariposa. Ya digo que no es lo normal.

Después crecemos y nos pasan a una cama normal. Una cama nido, por ejemplo. Una cama nido siempre decepciona. Oyes hablar de la cama nido y te imaginas algo en un árbol. Luego la ves y piensas: «Como no rompa el edredón de plumas...».

La auténtica cama nido es la del piso de estudiantes. Más que «nido» es «cama madriguera». Esa cama hecha por la madre del estudiante el día que lo deja en la ciudad... y que no se ha vuelto a hacer jamás. Se va convirtiendo en un amasijo de sábanas, mantas, colchas, compacts de Sabina, apuntes... Ahí el estudiante vigoroso horada una madriguerilla y se duerme agazapado como un hámster. Esa cama tiene debajo unas pelusas como la barba de Valle-Inclán, unas pelusas de polvo con denominación de origen que si las tapizas te puedes hacer un puf.

El estudiante es un ser lleno de vida y cada día que pasa deja debajo de la cama gran residuo vital de pelusas de polvo. A veces en la cama del estudiante duerme una estudiante chica, hacen el coito, y eso supone dosis extra de polvo.

Pasa una cosa muy curiosa cuando unos estudiantes hacen el coito en una cama madriguera de estudiante. Hace ruiditos, «ñiqui, ñiqui, ñiqui...», y se molesta a la persona que está en la cama del piso de abajo. Cuando uno está en la cama y se oye a los de arriba hacer el coito, molesta mucho, pero no porque no te dejen dormir, no. Molesta de envidia, porque ellos están haciendo el

coito y tú no. De hecho, si tú estuvieras haciendo el coito, no oirías sus ruiditos y serías mucho más feliz. Los colchones de agua se inventaron con este silencioso fin. Aunque no sé qué es peor, si sufrir ruiditos o sufrir goteras. Lo realmente terrible es una gotera en una litera: eso significa que tu hermano se ha vuelto a mear.

Conocemos poco las camas y están llenas de enigmas: ¿cómo se hace el colchón de una cama redonda? ¿Se coge un colchón normal y se tira rodando por una montaña de lija? ¿Dónde se pone la almohada en una cama redonda? La verdad, para lo que va a durar ahí... Ahora, con el futón de Ikea, se ha puesto de moda poner la cama en el suelo. ¿Dónde guarda las pelusas la gente que tiene la cama en el suelo? Eso tiene que salir por algún sitio. A lo mejor le hacen una gotera de pelusas al vecino de abajo.

Las pelusas son las escamas de piel, los pelitos..., la vida que se nos cae a lo largo de un día. Si no las barriéramos, al final de una vida podríamos reconstruir nuestro cuerpo otra vez y ser inmortales. Es bonito. Una cochina-da, pero bonito.

Nacemos en una cama y morimos en una cama. Y cuando morimos dicen que descansamos en paz, pero el que realmente descansa es nuestro colchón, que por fin se jubila y no tiene que hacer más pelusas.

Los termómetros

¿Cómo sabemos cuándo ellos están enfermos?

¿Es bueno poseer termómetros? No lo sé. Todo depende de para qué quieras la fiebre.

Recuerdo que en mi familia éramos muy muy pobres y no teníamos estufas. Entonces, cada vez que uno tenía fiebre se consideraba una buena noticia: «¡Yujuu! ¡Grados gratis!». Recuerdo que una vez tuve fiebre, me disfrazaron de mesa camilla y se sentaron todos alrededor a jugar al cinquillo con los pies calentitos.

Un día murió un tío rico que teníamos, heredamos una gran fortuna y nos compramos un termómetro. Y no sé si eso es serio... Se supone que es un instrumento médico de precisión, pero antes de usarlo hay que agitarlo como si fuera un zumo de melocotón o un gazpacho de tetrabrik. Es como si antes de pesar a un recién nacido hubiera que agitar la báscula.

Las madres tiene un nervio especial en el brazo para agitar los termómetros, los cogen y hacen ¡zach, zach, zach...!, como si toda la vida hubieran manejado un látigo. Mi madre lo agita con tanta energía que una vez se le escurrió uno y lo clavó en el techo.

Pasa una cosa muy curiosa con los termómetros. Según la edad que tengas, te ponen el termómetro en distintas

partes del cuerpo. Cuando eres un niño, en el culete. Es inquietante, porque estás tumbado, con el ano mirando al techo y la banderita clavada. Te entra complejo de hoyo de golf.

Luego, cuando eres adulto, te lo ponen en la axila, lo cual te hace sospechar... «Un momento, un momento, un momento... Si se podía poner en la axila, ¿por qué me lo metíais en el culo?»

Lo he pensado y lo peor no es ni que te lo pongan en el culo cuando eres pequeño ni en el sobaco cuando eres adulto. Lo peor es que, cuando eres abuelo, te lo ponen en la boca. ¡Eso no tiene razón de ser! Ha pasado por los sobacos y los culos de toda la familia, ¡y cuando llega el abuelo se lo ponen en la boca! Así están los abuelos, que siempre que hay uno en la cama con un termómetro en la boca tiene cara de penita.

Se me ocurre una solución. ¿Por qué no hacen termómetros con sabor? Eso mejoraría la cara de los enfermos. Lo único que habría que evitar es ponerlos con sabor a Chupa-Chups de Kojak, porque a lo mejor alguien se cree que va a tener chicle dentro, lo mastica y se rompe. Y luego los globos con el mercurio no salen igual de bien.

Ahora hay unos termómetros que no tienen mercurio: los digitales. Tienen forma de reproductor de MP3. Te los pones y te avisan. Sólo tienen un defecto: no te avisan. Estás en la cama con el termómetro en el sobaco, el pijama, las mantas, los oídos taponados, y hace un leve «pi, pi, pi, pi». Suena y no te enteras.

Y la gente, esperando, esperando... Te curas, ya estás bien... «Espera, que todavía no ha sonado el termómetro». Te vas a trabajar, a comer churros... y la gente:

—Oye, ¿por qué no mueves el brazo?

—No, es que llevo un termómetro que todavía no me ha sonado.

Hay varios tipos de termómetros. Está el termómetro para vinos, que es un termómetro normal pero con un martillo encima. Un consejo: no intentéis clavar clavos con él. Se rompe. ¿Para qué será ese martillito? Yo creía que era por si te ponían uno de éstos en el culete... para que no se colara hacia dentro.

También está el termómetro urbano. Es el segundo invento más impreciso del mundo. Siempre dice la temperatura que no es. Ves uno y dice 66°, luego hay otro justo al lado que marca 11°. Dices: ¿qué hago? ¿Saco la media?

Sólo hay un invento más impreciso que el termómetro urbano, el instrumento de medición menos serio del planeta: el aplausómetro. El aplausómetro es como un termómetro gigante que mide los aplausos... de la manera más subjetiva y fraudulenta del mundo. No es serio. Hacen trampa. Imaginaos que las elecciones nacionales fueran con aplausómetro... En lugar de reunirnos en colegios electorales, nos citarían a todos en la plaza Mayor... y saldría Jordi Estadella: «¡Un fuerte aplauso para el Partido Popular!». «Muy bien, ocho puntos; ahora un fuerte aplauso para el Partido Socialista...»

Los termómetros no son serios. Los aplausómetros no son serios. Pero ¿quién ha dicho que lo bueno sea lo serio?

Los marcos

Seres incomparables

Hablemos de unos seres incomparables: los marcos. Todo el mundo dice: «Estamos en un marco incomparable, un marco incomparable...». Estaría bien coger todos los marcos incomparables del mundo... y compararlos. Y que la gente pudiera decir tranquilamente: «Estamos en el tercer mejor marco incomparable de este país».

Evidentemente hay marcos que son mejores y otros peores. Los marcos de primera: los de bodas, comuniones, bautizos... Ésos no tienen perdón de Dios. Es imposible ponerlos de pie. ¿De quién ha sido la idea de ponerles esa pata detrás? ¡Una sola pata! Ningún animal de la Creación tiene una sola pata: están las babosas y culebras, que no tienen patas, y el paso siguiente ya somos los bípedos. Dios vio que lo de una sola pata no iba a ningún lado. Pero, no, el tío que inventó los marcos dijo: «Una pata y con una bisagra en la ingle».

Eso sí que no tiene ningún sentido: ya es inestable de por sí como para poner una bisagra. Es como si a un abuelo le quitas las zapatillas y le pones unos patines. Se cae. Y no contentos con eso, dijeron:

—Vamos a hacerlos grandes para que, cuando se caigan, hagan mucho ruido.

—No. Mucho mejor hacerlos pequeños para que quepan muchos en una mesa y cuando se caiga uno haga efecto dominó y se caigan todos.

Están hechos de la forma más endeble posible. Vamos a ver: ¿en las fábricas de marcos de fotos no hay pegamento? Ese sistema de puertecilla para sujetar el cartón de atrás no sujeta nada. Para poner la foto tiene un sistema que parece un cierre de Kinder Sorpresa que se abre cada dos por tres.

Cada vez que hay que limpiarlos se caen, se descuajeringan, se desmontan... Un día uno hace la Primera Comunión y a partir de ese día se pasa la vida poniendo de pie los marcos. La Conferencia Episcopal debería tomar cartas en el asunto, porque te ves ahí, haciendo la Comunión, y piensas: «¡Qué bien me iba todo hasta que comulgué!».

Luego están los marcos de pared. Es un hecho que llevar las cosas a enmarcar da mucha pereza. ¿Por qué? Porque todo lo que enmarcamos es un rollo. Por ejemplo, las orlas o los títulos. Los médicos están obsesionados con enmarcar títulos académicos. Entrás en la consulta, que está en su casa, y la tienen llena de diplomas enmarcados. ¿Qué clase de profesional es uno que tiene que decir: «De verdad, de verdad, tengo estudios. De verdad, soy un profesional... Mire el título. Ya sé que no lo parece porque le recibo en bata y en mi casa... pero, de verdad, he acabado la carrera. Mire la orla».

Otra cosa que a la gente le encanta enmarcar es la foto de uno mismo dándole la mano al rey. Toda aquella persona que alguna vez le ha dado la mano al rey tiene la foto en un marco. Y son todas iguales: una fila de gente vestida de traje esperando para darle la mano al rey. Toda esa gente de la fila también tiene la foto en su casa. Y yo me

pregunto... ¿El rey tendrá copia de todas esas fotos? Sería fantástico, porque las podría poner una a continuación de otra, hojearlas y verse como el Pato Donald dándoles la mano a todos.

Otra cosa que enmarcamos siempre son las mangueras de incendios, que están en la pared con un marco y un cristal que pone «Romper en caso de incendios». Con ponerle detrás una pata con bisagra el cristal se rompería solo.

Hay muchos marcos pero sólo uno de ellos hace que se erice el vello del ser humano, el más temido de todos: el llavero-marco del fotomatón. Ese llaverito de metacrilato que sirve para poner una foto de carné de tu hijo. Eso nadie lo quiere. Cuando alguien tiene un llavero con la foto de su hijo es porque ha tenido un accidente. Es un llavero no deseado.

Un fotomatón es un duelo entre el hombre y la máquina. El hombre que no quiere el llavero-marco y la máquina hace lo posible por colocártelo. Menos mal que la máquina no te hace la foto cuando te da el llavero-marco, porque saldríamos todos con una cara de gilipollas...

¡Ay, los marcos! Unos seres completamente altruistas encargados de hacer que sea otro el que resalte.

Las llaves

Animales gregarios con dientes

Hay unas cosas que, si las conocéis bien, os podrán abrir muchas puertas: las llaves. Antes, al salir de casa, la gente se persignaba:

—Padre, Hijo, Espiritusanto, amén.

Ahora, al salir de casa, la gente dice:

—Móvil, cartera, llaves.

Las llaves han venido a ocupar el lugar del «Espiritusanto, amén». El Padre ha sido sustituido por el móvil. Aunque no del todo, porque en la agenda de la mayoría de los teléfonos móviles hay un número que es «PAPA MÓVIL», que no es «papá», porque no tiene tilde, es «papa». Sustituimos al Santo Padre por un móvil, pero guardamos su número por si hay que llamarlo por teléfono al papa-móvil. Y si os fijáis, ¿qué es el papa-móvil? ¡Un coche que tiene encima una cabina de teléfonos!

Está el padre, que es el papa-móvil; el hijo, que es la cartera (véase el amplio capítulo sobre este tema publicado en el libro *Un cacahuete flotando en una piscina... ¿sigue siendo un fruto seco?*), y las llaves.

Las llaves sirven para muchas cosas. Para abrir una puerta, sí, pero también para cerrarla, y aún diría más: para que los conductores de autobús sepan cuánta profundidad

tiene una oreja. Me pregunto si esa actividad pseudocientífica a la larga no será perjudicial para las cerraduras. Cada vez que abren o cierran van metiendo un poquito de cera. La llave entra cada vez un poquito menos, un poquito menos... y llega un momento en el que la llave ya no entra nada. En ese momento coges unas pinzas y sacas de dentro de la cerradura una copia perfecta de la llave hecha en cera.

Nadie dice que las llaves tengan que ser todas de acero. De hecho, ahora han sacado unas llaves fosforitas de un material muy ligero, y no pesan nada... Tocas los dientes de la llave y parece que son de leche. ¿Para qué? ¿Por comodidad? ¡Si luego les pones un llavero del tamaño de un bidé!

Lo de los llaveros no acabo de entenderlo. Bonitos no son, cómodos tampoco... ¿Para qué sirven? Los de los hoteles están diseñados a mala leche. Esa bola de bolos con un cinturón de goma a modo de parachoques con el número de la habitación grabado a fuego... ¿Eso qué fin tiene? ¿Es para que te acuerdes del número de la habitación? Te acuerdas de eso y te acuerdas de la madre que parió al de recepción.

Me pregunto si te dejarían pasar con una de esas llaves en un avión. Te harían facturarla como equipaje de mano..., pero es que con eso puedes secuestrar un avión: «¡Que no se mueva nadie o le doy a éste con la llave y le abro la cabeza!».

La gente no se fija en las llaves y entonces ellas hacen cosas para llamar la atención, como, por ejemplo, no abrir. Intentas, intentas, intentas y no abre. Entonces llega un amigo, o un señor, y te dice: «Déjame a mí», suena ¡ruac! y la puerta se abre.

Esa gente tiene el superpoder de abrir puertas. No lo tengo, pero quienes poseen ese preciado don son como ángeles y sólo podemos pedir a Dios que estén cerca cuando los necesitemos.

Otra cosa muy macarra que hacen las llaves para llamar la atención es quedarse dentro de casa. Tú sales, ya tienes un pie fuera, dices: «Llevo todo: móvil, cartera, lla...». ¡Plum!, y se cierra la puerta.

Es una sensación de impotencia... como otra cualquiera. Y hay que llamar a un cerrajero, que si los que tienen el don de abrir puertas con las llaves son como ángeles, los cerrajeros son como Dios. Y te cobran la apertura a precio de milagro. Te ponen en la factura: «Desplazamiento: 90 euros», y es así porque vienen levitando.

Los cerrajeros son las personas más honradas que existen. Pueden abrir cualquier puerta y robarlo todo, y, sin embargo, se reprimen... y sacan mucha más pasta robándote a ti directamente.

Cuando llega el cerrajero, deseas ver cómo abre la puerta. Piensas: «Ya que lo pago, al menos disfrutaré del espectáculo. ¿A ver qué llave utiliza?». Os lo digo yo. El canalla del cerrajero le pega un empujón a la puerta y, ¡pimba!, se abre. ¿Que qué llave utiliza? ¡Una de yudo!

Las llaves de las casas tenían que ser como las de los coches. Te acercas a la casa, «¡piu!, ¡chuc!», y se abre. Sales, y lo mismo. Y así nos librábamos de los ángeles y de los dioses de las puertas. Amén. (Que ya sabéis que quiere decir «llaves».)

Los lápices

Son una mina

Hasta hace poco había una duda que no me dejaba dormir: ¿Rappel hace pis de pie o sentado? Muerto de intriga, me fui a su casa a preguntarle. El tío es supermajo, estuvimos charlando, me contó cuál era la última mano que había leído, le dije que yo apenas leo manos y que a mí lo que me gusta leer son los lápices. En los lápices se ve claramente qué tipo de personas somos.

Los lápices dicen mucho de las personas: «Dime cómo muerdes el lápiz y te diré quién eres». Imaginemos el lápiz clásico, el modelo Abeja Maya, negro y amarillo. Bueno, pues están los que roen la tapita de arriba, que es roja, y dejan el lápiz como con una calva rara. Eso quiere decir que vas a ser un tío metódico, ingeniero, arquitecto... o Anasagasti. Por cierto, esa tapita sabe a rayos, se te atraganta, mancha los dientes y estropea el lápiz, pero no podemos evitar morderla.

Luego están los que muerden los lápices de lado, hasta que lo parten por la mitad y se ve entera la tripa del lápiz... más negra que el sobaco de Mike Tyson... Si eres de los que dejan esta tripa negra al aire, quiere decir que de mayor vas a ser forense o psychokiller.

También están los que van mordiendo el lápiz desde arriba hasta abajo, por cada una de las esquinas, y para llegar al final se meten el lápiz hasta la campanilla... Si uno muerde el lápiz así, quiere decir que va a ser un tío que profundice en los temas o bien Monica Lewinsky. Las dos cosas tienen futuro.

También están las personas que tienen un lápiz con la tabla de multiplicar y al morderlo tiende a deshilacharse como si fuera un palo de regaliz. Además, sabe muy parecido. Por haber, hay hasta un lápiz azul que tiene una zona reservada para escribir el nombre. Pone «NAME». ¿Para qué se molestan? No hay ni una sola persona en la historia de los lápices que haya puesto ahí su nombre. Es absurdo, ¡si te lo vas a comer! Es como poner tu nombre en una mandarina o en un ñoqui.

Luego hay gente que, para no morder el lápiz, le pone en la punta un gnomo de los que tienen el pelo cardado como una abuela. Me imagino que ese gnomo hará contrapeso y escribir como Dios manda tiene que costar un huevo. Otra cosa que se pone encima de los lápices es una goma de borrar. No sé por qué la ponen, porque borrar no borra. Emborrona, mancha más. Escribes mal una palabra, por ejemplo, en vez de «perito agrícola» pones «pegrito arrícola», y en lugar de disimularlo haces que se note más. Es como la goma que borra boli, otra gran mentira de la Humanidad. Hombre, lo borra, pero a costa de hacer un agujero en el folio. Es como si para borrar un grafiti mandarás demoler el edificio.

Accesorio indispensable para el mantenimiento del lápiz es el sacapuntas. Un sacapuntas es como un coche: como te salga malo va a estar dándote problemas desde el principio hasta el final. Estás afilando y se rompe, vuelves

a empezar, se rompe, otra vez... Pero, de repente, te pones y no se rompe. Y sigues dándole vueltas al lápiz y no se rompe, no se rompe, no se rompe..., pero tampoco afila. Resulta que se ha quedado un trocito de mina encasquillado y no se puede hacer nada.

Raras veces cae un buen sacapuntas en nuestras manos. Uno de esos que te saca la loncha de madera entera, como un abanico, que te picas con el sacapuntas a ver cómo la puedes sacar de larga... Claro, te ciegas y te queda un lápiz que parece un picahielos. Te pones a escribir acojonado y en el puntito de la jota la punta se va a tomar por culo.

Otra duda que me quita el sueño: ¿por qué los sacapuntas tienen un agujero grande y otro pequeño? ¿Está relacionado con si Rappel hace pis de pie o sentado?

Otro gran enigma es la caja de lápices Alpino. ¿Por qué no ponían color carne? Me refiero a un color carne digno. Si querías pintar a dos señores, los tenías que poner color rosa Frigo Pie... Parecían los Morancos de Triana. O bien de color marrón caqui, que parecían los de Keta. Es imposible pintar a una persona, dibujes lo que dibujes aquello acaba pareciendo el programa de José Luis Moreno. ¿Y para qué coño ponen un lápiz de color blanco? Pintas en un folio y no se ve. ¿Será por si te apetece pintar a Michael Jackson?

Los lápices dicen mucho de las personas y, aunque no se puedan afilar, no se puedan borrar y sólo sirvan para dibujar a Michael Jackson... dime cómo muerdes tu lápiz y te diré quién eres.

Los pegamentos

Un invento loable y yo lo loo

No podemos aspirar a conocer la naturaleza de los pegamentos. No podemos aspirar a saber cuánto tarda en secar un pegamento. Y, sobre todo, no podemos aspirar los pegamentos, porque es malo para el cuerpo.

El pegamento, mal que nos pese, se inventó porque los seres humanos éramos muy torpes y las cosas se nos rompían constantemente. El problema es que, cuando los seres humanos rompemos algo, no lo queremos reconocer. Decimos una frase que nos delata: «Huy, esto está suelto». Como diciendo: «Esto no lo he roto yo. Esto es así. Es cosa del fabricante, que lo ha hecho mal».

Estás en el salón de la casa de un amigo. Ves una figurita de cerámica de Lladró horrible, valga la redundancia. Una de estas cosas que regalan los de la fábrica al padre cuando se jubila. Y tú no tienes por qué tocarla, no te interesa. De hecho, ni sabías que el padre había trabajado en una fábrica. Y, sin saber por qué, tu mano empieza a moverse sola y va hacia la figurita, la coge y, ¡clac!, te quedas con un trozo en la mano. Y te quieres morir.

Ya ves venir el drama familiar. Cuarenta años trabajando ese padre y te has cargado el único recuerdo que le quedaba de la fábrica. Te imaginas al padre por los rincones

de la casa: «¡Dios mío! ¡Qué fue lo que estuve haciendo yo los últimos cuarenta años de mi vida! ¡No me acuerdo! ¡El único recuerdo que tenía se ha desvanecido!».

Para evitar estos momentos se inventó el pegamento, para evitar que haya cosas sueltas. Una cosa suelta es muy desconcertante. En todos los coches del mundo hay una pieza de plástico negra que anda suelta por debajo de los asientos... y ésta está suelta de verdad. Creo que los coches la traen de serie, porque luego buscas a qué parte del coche puede pertenecer y no es de ningún sitio.

El pegamento se inventó, pero la enfermedad es mejor que el remedio, porque a un ser tan patoso que rompe todo lo que toca no se le puede dar un líquido fácilmente inflamable, que irrita los ojos y daña la piel. Es como cuando lees en las instrucciones de una lijadora industrial: «No aplicar en los testículos». Mira, a un tío que se le pasa eso por la cabeza no se le debería dejar usar una lijadora industrial.

El más peligroso de los pegamentos es el pegamento instantáneo: el Super Glue, el Loctite... Esos pegamentos ultrarrápidos son tan rápidos que hay que echar el pegamento antes de que se te rompa lo que quieres pegar. Echas en un lado, en el otro... y no te da tiempo a unir porque el pegamento ya se ha secado. Se han quedado las dos partes blanquecinas, como el glaseado de los donuts, pero a lo bestia. Estos pegamentos tienen una cosa muy divertida que es la lista de materiales que pega: «Pega plástico, madera, cristal, metal, goma, cuero, cerámica...». ¡Y no viene lo más importante! ¡Dedos! Junto al dibujito del jarrón roto, la suela del zapato y la silla tendría que venir un dibujo con dos dedos pegados, índice y pulgar, como dos pinzas de cangrejo. Si intentas despegarlos, te despelleja el pulpejo. ¿Y qué se nos ocurre? Quitarlo con los dientes.

Que es como comer pegamento: «Ya tengo los dedos despegados, ahora me voy a comer el pegamento». Contra todo pronóstico, eso es bueno. Ya os diré por qué.

Inmediatamente después de los pegamentos ultrarápidos vienen los pegamentos tipo Supergén, Imedio, etcétera. Es una gran injusticia porque pagas un tubo de pegamento Imedio y te dan uno sólo. Éstos tardan un día entero en pegar. ¿No se puede hacer algo intermedio entre dos milésimas de segundo y un día entero?

El Supergén sí que pega si sigues las instrucciones. Cosa que no hace nadie. Éstas son las instrucciones del Supergén:

1. Limpiar, secar y eliminar la grasa.

Venga, hombre, hay gente que no lo hace consigo mismo, lo va a hacer porque se lo diga un pegamento. Y luego pone:

Es conveniente lijar las superficies...

¡Anda ya! En la historia del Supergén nunca nadie se ha puesto a lijar superficies. Luego sigue:

2. Aplicar una ligera capa en ambas superficies, dejar transcurrir diez minutos y unir manteniendo la presión durante varios minutos.

¡Ja, ja, ja! Eso no lo ha hecho nadie jamás.

Hay muchos más pegamentos. Ahora hay uno nuevo que se llama No Más Clavos y cuesta casi ocho euros. ¿Eso no es un clavo? ¿En qué quedamos? También hay una especie de pegamento blanco escolar, un líquido blanquecino que no pega nada. Es como intentar pegar con leche condensada. De hecho, la leche condensada pega bastante más, que lo vi yo en una película.

Luego van los niños con los dedos de pegamento y se los chupan; parece que se van a envenenar, ¡pero no!,

porque comer pegamento es bueno. Lo que no se puede hacer es olerlo, comiéndolo no pasa nada. Los niños están vacunados. No sé si recordáis que cuando éramos pequeños había unos pegamentos Pelikan que venían en vasitos, como si fueran tarrinas de helado. Hasta traían una especie de cucharita de helado y tenían un olor delicioso a helado. Creo que el término medio es seis: un niño normal se come unas seis tarrinas de pegamento a lo largo de su vida. Y eso te inmuniza para todo el pegamento que te puedas comer en tu vida de adulto.

De hecho, es muy bueno para el sistema inmunitario. A partir de entonces cada vez que te haces una herida se cierra antes y ya no se abre más. Por eso los niños pueden estar cayéndose en el cole todos los días, despellejándose las rodillas, tirándose de cabeza por el tobogán y nunca se rompen nada: porque están rellenos de pegamento. Cabeza que se rompe, cabeza que se pega. Deberían incluirlo en la dieta mediterránea.

